

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 951.

Administración general, passage Saunier, número 4, en París.

## SUMARIO.

El general Lecomte; grabado.— Episodios históricos.— Una historia del siglo XVII.— Los fusilamientos de la plaza Vendome; grabado.— El general Cremer; grabado.— Revista de París.— Poesía.— Una expedición á San Miguel del Fay.— Fisiología del cuerpo de guardia, por Bertall; grabados.— Escenas de la vida inglesa.— Las violencias prusianas; grabado.— Bernabé Rudge.— Chatillon; grabado.— Problemas de ajedrez; grabado.— Roberto Duparc; grabado.— Las cercanías de París despues del si-grabado.

### El general Lecomte.

El general Lecomte era uno de los mas jóvenes del ejército francés, y se distinguía á la vez por su bizarría y por su ciencia, como dijimos ya en las palabras que consagramos á la horrible ejecución de que ha sido víctima. (Véase nuestro número 949).

El sábado 18 de marzo por la mañana mandaba una brigada que recibió la orden de atacar á Montmartre, ataque que se redujo á una simple escaramuza, porque los soldados se negaron á combatir contra los guardias nacionales.

En medio del tumulto la guardia nacional se apoderó del general Lecomte y le llevó prisionero á la casa número 6 de la calle de Rosiers. Nuestros lectores saben los detalles de la horrible ejecución que tuvo efecto en el acto.

De la información que se ha hecho sobre el doble crimen del fusilamiento de los generales Clemente Thomas y Lecomte resulta que de 34 ejecutores se contaban 15 soldados de línea, 10 cazadores de infantería, 2 zcuavos, 5 móviles de París y un franco-tirador. Los soldados de línea pertenecian al 88 que ha sido licenciado por el gobierno.

Puesto que la Commune está nombrada y el comité central considera como un crimen la odiosa ejecución de aquellos dos generales, es de suponer que se instruirá una causa para patentizar todos los hechos relativos á tan doloroso suceso. Si el silencio viniera á dejar impunes tales actos, seria preciso desesperar de la justicia de la Francia.

El general Trochu se ha hecho intérprete de los sentimientos del

dolor público, pidiendo que á costa del Estado se eleve un monumento fúnebre á la memoria de los dos generales.

R. DE M.

### Episodios históricos.

DON PEDRO EL CRUEL.

I.

Todas las turbulencias y horrores de la mas sangrien-

ta guerra civil afligian á Castilla en 1369, empenándola en una de aquellas luchas funestas, en que llevando el encono de los partidos al mas alto grado de exaltacion, se hace imposible toda medida reconciliadora, y en que la generalidad de los pueblos, cansados de sufrir, llegan al fin á desear que cualquiera de los dos bandos triunfe con tal que asegure la tranquilidad de sus hogares. La guerra, que oprimia á Castilla entonces, tenia además de este ominoso carácter toda la ferocidad y el horror que acompañan á una enemistad que no habian sido bastantes á comprimir ni los vinculos de la sangre ni la santa voz de la naturaleza. Dos hermanos se disputaban encarnizadamente el trono de Castilla: Don

Pedro, único de este nombre, que habia sucedido á su padre Alfonso XI y V de Castilla; y Don Enrique, hijo tambien del rey Don Alfonso, pero habido en Doña Leonor Nuñez de Guzman, noble y hermosísima señora. Las crueldades del rey Don Pedro, aunque paliadas con el nombre de justicia, habian resentido á los magnates del reino, apartado de su corte á muchas personas de influencia y poderio, y resfriado el ardor con que todo el pueblo aplaudió el advenimiento de su rey. Solo á favor de estas causas pudo Don Enrique acrecentar cada vez mas su partido, apoderarse de muchas ciudades de Castilla y coronarse al fin en Búrgos. Despues le fué contraria la suerte, y vencido en Nájera, tuvo que retirarse á Francia, de donde volviendo con un poderoso auxilio logró reconquistar lo perdido y fiar al éxito de una batalla la posesion definitiva de la corona. Los dos ejércitos ya estaban próximos á combatir, cuando ó fuese deseo de evitar mas efusion de sangre por medio de un ajuste entre las dos partes beligerantes, fuese como parece mas probable, á instigacion del caudillo de las tropas auxiliares, se propuso una entrevista secreta entre los dos hermanos. Solo faltaba inclinar al altivo Don Pedro á consentir en tratar de negociaciones con su competidor, y el conde de Albuquerque, encargado de este negocio, hallándose á solas con el rey, le hablaba mañosamente en estos términos:

— Cuando vuestro hermano se ofrece á venir, yo creo que esta entrevista podeis, señor, concedérsela sin menoscabo de vuestra autoridad.

— ¿ Crees tú, dijo Don Pedro, que no padece el lustre de mi corona humillándome á entrar en negociaciones con un condeillo



El general Lecomte, fusilado en Montmartre el 18 de marzo.

arrogante, con un bastardo, un vasallo rebelde á quien solo se debe recibir con las armas en la mano?

— Pero señor, si él depuestas las armas viene á reconocer que vos solo sois el poderoso y justamente acatado de los pueblos, no os negareis á escucharle. Tal vez su desmedida ambicion se haya disminuido á vista de los males de una guerra tan lenta y devastadora. ¿Quién sabe si esos extranjeros que vienen en su auxilio exigirán por precio de su cooperacion algunas condiciones onerosas á Don Enrique? Creedme, señor, cuando el príncipe se inclina á conferenciar con V. A. será sin duda para aceptar algunas honrosas condiciones y no fiar su suerte al éxito de una batalla que puede ser para él tan funesta como la de Nájera. Con vuestro permiso mandaré entrar al enviado de Don Enrique.

— ¿Sabes tú quién es el que viene con el mensaje?

— Es don Rodrigo Alvarez de Asturias, rico-home y señor de muchas villas en Castilla.

— Le conozco; que no se presente ante mi vista, pues no seré dueño de reprimir mi enojo. Ese hombre desleal ha educado al conde, ha fomentado sus miras ambiciosas y le ha hecho merced (aun en vida) de sus opulentos estados: ya le enseñaré yo cuáles intereses debiera él defender, y á esos franceses que apadrinan al conde les recordaré los tiempos de Wamba, y les reproduciré la jornada de Roncesvalles para que no estén tan prontos á intervenir en nuestras contiendas. Dispon que mi ejército marche hasta acampar en Montiel, pues quiero yo salir al frente al enemigo, y haz que el enviado vuelva al instante á sus reales. Si Enrique quiere verme, que venga; sea aquí, sea en el campo de batalla, siempre le haré ver que el trono de Castilla no tiene mas que un asiento... un asiento que ocupo yo.

## II.

Un destacamento de caballería cruzaba el espacio intermedio entre el campamento de Don Pedro y el de su hermano Don Enrique. Aquella tropa, que caminaba en el mas profundo silencio, se componia de dos pelotones de distintas armas y divisas, pero que seguian paralelamente el camino. Dos jinetes, al parecer los jefes de la tropa, picando sus caballos de comun acuerdo, se adelantaron un buen trecho de camino, y siguiéndoles el resto de la gente á una distancia respetuosa entablaron así la conversacion;

— Aprovechemos los instantes, ilustre don Rodrigo, porque el deseo de que hablemos á solas un rato es el que me ha obligado á incorporar me á la escolta que debe acompañaros al campo.

— Tengo yo tambien, contestó su interlocutor, la mayor satisfaccion al conversar amistosamente con el noble Alburquerque, mi antiguo compañero de armas, y saber de él qué opina acerca de la entrevista que se prepara.

— La deseo, si con ella han de finalizar los males de la patria; mas ahora que os hablo en confianza, no dudo aseguraros que tendrá resultado poco favorable. El tiempo que hace sirvo al monarca me ha hecho estudiar y conocer su carácter; sé además hasta qué extremo aborrece á su hermano: temo la explosion de su cólera y orgullo, cuando su encono se renueva al ver presente á su rival, y temo en fin que se ahoguen mutuamente al tiempo de estrecharse entre los brazos.

— No, que las circunstancias harán reprimir la indomable altivez de Don Pedro. Bien conoce que su trono está próximo á hundirse, y que solo le restan por último apoyo tropas que pelean contra su inclinacion y algunos señores poderosos á quienes el pundonor sostiene á su lado, mas bien que el afecto á su persona.

— Por mi parte os puedo asegurar que permaneceré junto á mi rey, sea su suerte la que quiera. Este es mi deber, y siempre miraré á Don Enrique como un usurpador...

— ¡Usurpador! ¿Quién mas digno de ocupar el sòlio castellano desde que la muerte arrebató al príncipe Don Alonso, jurado sucesor de estos reinos? Doña Beatriz, jurada tambien princesa heredera, ha preferido el mongil velo á la corona, y las otras hijas de Don Pedro, casadas con príncipes extranjeros, no es razon que transmitan la diadema á los duques de York y de Alencastre. Don Enrique al tomar las armas hizo valer estos derechos, y no quiere sufrir la suerte de sus desgraciados hermanos Don Juan y Don Pedro, asesinados de orden del cruel monarca. Por consiguiente tiene precision de atender á su propia seguridad y á la de tantos como se han acogido á su bandera para librarse de las rapiñas y ferocidad de ese rey, renovador de los tiempos de Witiza, y á quien ya apellidan el Neron de Castilla. En los diez y nueve años que lleva de reinado, ¿qué género de crueldad hay que no haya ejercido? Las injusticias, prisiones, el divorcio, el asesinato han hecho que sus vasallos le teman, pero que no le amen. Ya, cansados de su opresion, apellidan á Enrique su libertador, que ha sabido ganarse los ánimos con su generosidad ilimitada, y que no es un tirano antes de reinar.

Al concluir estas palabras llegaron á lo alto de un ribazo, desde donde descubrian á su satisfaccion todo el ejército de Don Enrique, y aun percibian el sordo murmullo, el relinchar de los caballos y el ruido belicoso de las trompetas. Don Rodrigo Alvarez tiró de la rienda á su caballo, y mostrando el ejército á su compañero, continuó así:

— Ya lo veis, mi querido Alburquerque, toda esa multitud desea vengar ofensas particulares favoreciendo á

Don Enrique. Aquel cuerpo de tropas auxiliares, en cuyo centro tremola el Oriflama de Francia, viene acaudillado por el célebre guerrero y condestable Bertrand du Guesclin, ansioso de vengar la bárbara muerte de Doña Blanca de Borbon. A este otro lado podeis distinguir el árbol de Vizcaya por venir allí don Tello, en quien ha recaído el señorío, y mas allá las insignias del señor de Villena y Peñafiel, futuro suegro de Don Enrique. La flor de la nobleza se interesa por nosotros, los Guzmanes, Enriquez, Manriques de Lara y otros varios que me abstengo de nombrar, que aun se hallan en las tierras sujetas á Don Pedro, pero en secreta inteligencia con su hermano.

En aquel sitio tenian que dividirse las dos escoltas y emprender cada una el camino de sus reales. Dada la señal de la separacion, los dos señores se acercan para despedirse, y al darse afectuosamente la mano pronuncia Alburquerque estas palabras:

— Vos, don Rodrigo, sabeis muy bien defender vuestro partido; mas yo sabré tambien ser fiel á mis juramentos. Adios, señor: sigamos cada uno con arreglo á sus compromisos la desgracia ó la ventura de su rey. Los caballeros de Castilla, aunque opuestos en bando son siempre leales compañeros en seguir la senda del honor.

## III.

Las pardas sombras de la noche cubrian el campamento de Don Pedro I de Castilla, sin que la claridad de la luna y las estrellas pudiese penetrar al través de las densas nubes que encapotaban el cielo. Un viento impetuoso corriendo toda la campiña venia á estrellarse en los altos muros del castillo de Montiel, queriendo estremecer sus vetustos torreones. Diferentes hogueras esparcidas por todo el campo calentaban á los soldados, que agrupados al rededor parecian iumóviles espectros alumbrados por la vacilante llama. El valiente caudillo de aquellas tropas, el rey Don Pedro, se hallaba solo en su régia tienda, y el ruido de sus inciertos pasos era lo que únicamente interrumpia el lúgubre silencio que allí reinaba. Caminando sin designio, sus miradas sombrías parecian buscar un objeto en que fijarse: á veces sus labios se entreabrian como para articular alguna palabra, y solo se escapaban de su boca voces confusas y desordenadas. La soledad, el silencio de la noche aumentaban su exaltacion, que llegaba á su mas alto grado, cuando entraron á avisarle la llegada de Don Enrique. Presentóse este al momento, sin llevar en su traje y adornos emblema alguno de soberanía: su traje era como el de la generalidad de los caballeros de la época, y únicamente llevaba cruzada al pecho una correa encarnada de tres dedos de ancha, distintivo de la orden de la Banda, establecida por su padre Don Alfonso. Bertrand du Guesclin, que le acompañaba, traia tambien banda blanca sobre una dalmática azul salpicada de lises de plata.

Al verse los dos rivales sintieron renacer su enemistad y envejecido rencor. Hubo un momento solemne de silencio en que permanecieron inmóviles, como esperando cada uno á que el otro le saludase primero; mas en vano: los caballeros que acababan de entrar permanecian cubierta la cabeza. Esta conducta acabó de irritar al orgulloso Don Pedro, que acercándose como para reconocer á su hermano, despidiendo fuego por los ojos y asiéndole vigorosamente del brazo le dijo con voz aterradoramente:

— ¿Eres tú el bastardo que osa titularse rey de Castilla?

El movimiento convulsivo del brazo del monarca se comunicó á todo el cuerpo de Don Enrique, que estrechado logró desasirse haciendo un ademán de ponerse en defensa. Deseoso Don Pedro de prevenir este movimiento se arrojó prontamente sobre él estrechándole fuertemente entre sus brazos. Al ver asidos á los dos hermanos pusieron mano á la espada todos cuantos habian entrado en la tienda; pero esta demostracion no tuvo efecto ninguno, porque ni era fácil separar á los dos combatientes, ni sabian qué partido tomar en una lucha de que dependia el destino de toda la guerra. Entre tanto Don Pedro dió con su enemigo en tierra cayendo encima de él; y cuando pugnaba por desarmarle, el caido tuvo maña para sacar la daga que llevaba en el cinto y con ella atravesar el corazon de su hermano en el momento que este iba ya á lograr su venganza. El monarca, herido de muerte, lanza un grito lastimero, abandona su presa y cae sin vida en el pavimento.

## IV.

Desde entonces Don Enrique, conde de Trastámara, fué sin contradiccion Don Enrique II de Castilla, llamado comunmente Enrique el de las mercedes, por la generosidad con que recompensó á los grandes y plebeyos sus favorecedores.

El cadáver de su hermano fué enviado á sepultar á la iglesia de Alcocer, y sus facciones, aunque desfiguradas por la muerte, conservaban mas que nunca la terrible expresion de su fiereza.

F. F. VILLABRILLE

## Una historia del siglo XVII.

(Continuacion. — Véase el N.º 950.)

— Cuánto os debo... una voz secreta me revela que aun me están reservados dias de gloria: ¿no recordais cuando rodeada de los artistas mas célebres dirigia las obras de Felipe de Champaña, del arquitecto Brosse, y las vuestras, querido Rubens, despues de elevar el grandioso palacio de Luxemburgo? Todos los dias amanecia Paris embellecido con un nuevo edificio en donde las artes á porfia competian, el paseo de la Reina, el acueducto de Acueil, el monasterio de las Carmelitas y la mansion de las religiosas del Calvario: todo esto, todo es obra mia. Pero si llegase un dia en que pudiese realizar los proyectos grandiosos que tengo, tendríais que aumentar algunas páginas á las bellas pinturas que habeis hecho de mi historia. Si consiente mi hijo en que lo estreche contra mi corazon, María de Médicis volverá á ser la reina de una gran nacion.

— Todo lo ejecutaré segun vuestros deseos.

— Marchad, pues, Dios os guie, mientras que yo impaciente espero vuestra vuelta. Elena y vuestros hijos me harán mas llevadero el sobresalto en que estaré... Pero qué ruido es ese, un caballo corriendo, parece que ha entrado en el patio... miremos por esta ventana... creo reconocer la librea del gobernador de los Países-Bajos: es sin duda algun mensaje que me trae de su señor.

El correo apeándose del caballo pidió á los criados que lo introdujesen á presencia de la reina, para quien traia un pliego importante que queria poner en sus manos. La carta estaba concebida en estos términos: «Señora, con sentimiento os hacemos saber que la ciudad de Amberes no os puede ofrecer un asilo conveniente, y que seria mejor pasáseis á habitar la ciudad de Colonia. Dios guarde á V. M. muchos años. El gobernador de los Países-Bajos. Francisco de Mello.»

— ¡Infame! exclamó la reina, así te prostituyes al cardenal Richelieu. Ya se acerca la hora del castigo... ¡Ah! ¡tendré bien presente este último ultraje!... ¡ya lo veis, solo vos, Rubens, sois la única esperanza que me queda! apresuraos á marchar, porque la reina de Francia os lo dice sin avergonzarse, no le queda ya mas recurso que el perecer de necesidad.

— Puesto que designan á V. M. la ciudad de Colonia para vivir, os suplico os vayais á hospedar á una casa que allí poseo: mi hijo Francisco os acompañará.

— Lo acepto, contestó la reina, marchemos, jóvenes compañero, sereis el caballero de una reina proscrita. Pocas horas despues salieron dos carruajes de casa de Rubens, el uno llevaba á María de Médicis, sus dos damas, al enano Langely y á Francisco, y el otro conducia á Rubens á Paris.

## III.

No era la vez primera que Rubens habia llevado misiones importantes bajo el pretexto, como decia, de *Viajes artísticos*. La princesa Isabel, regenta de los Países-Bajos, se habia servido de él con suceso enviándolo á la corte de Madrid para ajustar entre Felipe IV, rey de España y Carlos I de Inglaterra, un tratado que asegurase una paz sólida y duradera entre los dos monarcas. La fortuna le sonrió en esta empresa, y el primero le nombró secretario privado del consejo de la archiduquesa Isabel con el uso de la llave dorada, y el segundo lo hizo caballero de todas sus órdenes militares en pleno parlamento, dispensándole el que las ceremonias se ejecutasen segun costumbre en un salon destinado al efecto en el palacio de White-Hall.

Rubens llegó á Paris con el objeto, segun decia, de pintar el retrato del baron Vig, amigo suyo y embajador de los Países-Bajos en la corte de Francia. Al momento que se divulgó la llegada del célebre artista, todas las notabilidades de la corte se apresuraron á ofrecer sus respetos al gran pintor que tan brillantes recuerdos habia dejado de su larga residencia en Luxemburgo. Luis XIII mismo manifestó deseos de verlo, y Rubens no desperdió una coyuntura tan favorable á su mision.

La edad no habia cambiado en nada su noble fisonomía llena de dulzura y de vivacidad. Su frente despejada ostentaba toda la pureza y energía de la juventud, y las canas que matizaban su negro cabello y rizada barba le hacian tener cierta semejanza con los retratos de Enrique IV que él habia pintado.

Luis XIII, al contrario, estaba marcada en sus facciones una vejez prematura, producida por una enfermedad misteriosa desconocida de los mas distinguidos profesores. Pálido, abatido y vacilante,

arrastraba una vida miserable. Espesas cortinas cerraban la escasa luz que penetraba por las ventanas de su estancia para que no ofendiesen los rayos del astro del día sus débiles miradas, que solo podían ya dirigirse á la eterna oscuridad. Rodeábanle mil precauciones para que ni el mas ligero ruido llegase á sus oídos, no solo en los grandes patios del lado que habitaba, sino en los salones contiguos y en las escaleras forradas con dobles tapices, donde solo se veía cruzar en silencio alguno de los pocos destinados á su servicio.

Rubens sintió oprimírsele el corazón al contemplar el estado humillante á que estaba reducido el hijo de Enrique IV en un lúgubre recinto, capaz de haber hecho retroceder lleno de espanto al mas miserable de sus vasallos; pero mas se aumentó su conmoción al oír la voz moribunda del monarca que le dirigía la palabra. Se reconocían en él los tristes efectos de una educación descuidada, y el peso despótico con que le habían abrumado el carácter de su madre, y la ambición y malicia del cardenal Richelieu; en una palabra, un hombre débil para gobernarse por sí solo é incapaz de dejarse gobernar. En nada parecía hijo del esforzado Bearnese Enrique IV y de la ardiente italiana María de Médicis. Algunos explicaban este enigma declarando que, durante las convulsiones políticas suscitadas en su minoridad había sido envenenado, y que aunque consiguieron salvarla la vida no habían podido evitar la languidez y enervamiento producidos por el fatal veneno, que á pasos lentos lo conducía al sepulcro. No eran del todo increíbles semejantes suposiciones considerada la lívida palidez del monarca, los temblores convulsivos que le agitaban, y el fondo de sus miradas, unas veces débil y abatido, y otras con un fuego increíble, donde se veía la irregularidad con que asaltaban á su imaginación ideas melancólicas.

Cuando entró Rubens el rey estaba recostado sobre un sofá de color oscuro. Así que vió al pintor se levantó precipitadamente y corrió hácia él como un hombre que abrumado de pesares encuentra un objeto de consuelo.

— ¡Salud al gran artista! ¡Salud al rey de la pintura que viene á ver á otro rey, cuya corona aunque de oro oculta otra de espinas!

Después llevó á Rubens hácia una ventana, y entreabriéndola se puso á contemplar con envidia la fresca vejez del artista.

— Ninguna impresión ha hecho en vos el tiempo, dijo el rey con tono melancólico, parecéis mi hermano menor, mientras que yo... mirad esta frente árida, estos ojos hundidos y mis fuerzas abatidas... y á vos como os han respetado los achaques de la edad, solo estando rodeado de los prestigios que traen consigo la gloria y la fortuna.

— Señor, respondió Rubens, no es á la fortuna ni á la gloria á quienes debo una existencia dulce y una vejez tranquila. Si no surcan mi frente las arrugas... si no han huido los placeres de mi ancianidad, no lo debo, señor, á la gloria... sino á la felicidad doméstica que trae consigo el reposo... Sí, señor, mi esposa, mis hijos y mi madre, mi buena y santa madre (mientras plugo á Dios que estuviese á mi lado en este mundo) esto es, os lo juro por mi alma, lo que me ha hecho la existencia ligera; esto es lo que hace que bendiga cada día que la Providencia se digna concederme, y por lo que á todas horas elevo con reconocimiento mis manos al cielo.

Al pronunciar estas palabras el religioso flamenco puso una mano sobre su corazón, fijó los ojos en la celeste bóveda y se le deslizó una lágrima.

— ¡Callad!... Basta... por piedad, no me habléis de familia... Un rey no tiene esposa... La que llaman reina de Francia, Ana de Austria, conspira contra él...

— Señor, la calumnia sola es la que la acusa, le interrumpió el pintor con entereza.

— ¡La calumnia!... vuestra sencillez no alcanza que por mucho que se calumnie á un cortesano nunca se dice más que la verdad. ¿Sabéis lo que decía ayer mi hijo, que apenas tiene cuatro años? Señor, moríos pronto para que yo me llame Luis XIV...

— ¡Pero vuestra madre, señor!...

— ¡Mi madre!... sí, yo la amo con ternura, aun la quiero, Rubens. Cuando vuestros ojos se han arrasado en lágrimas por la vuestra, yo también he sentido humedecerse los míos al recordar la que me ha dado la existencia... ¿Pero no es mi madre mi enemigo mas encarnizado? cuando estaba á mi lado ¿no era la causa de las terribles conspiraciones que mas de una vez han hecho derramar la preciosa sangre de mi pueblo? hasta fuera de su patria me calumnia é instiga á mis enemigos para encender la tea destructora de la guerra... ¿ha querido una sola vez reconciliarse conmigo? ¿me ha dirigido nunca una sola carta? en este mismo momento intriga en la corte de los Países-Bajos para romper la tregua y hacer abortar las negociaciones que tienen por objeto la paz.

— ¡Señor, os han engañado villanamente! os lo juro, hace nueve años que vuestra madre proscripita y fugitiva os tiende sus suplicantes brazos diciendo «hijo de mis entrañas, ten compasión de mí.» Nueve años hace que no se pasa un día que

no os dirija súplicas que vuestros ministros interceptan. En fin, señor, aquí teneis una carta de vuestra madre... una carta escrita bajo mi techado, adonde llegó á pedir un asilo, sola, sin recursos, sin pan, señor; y aun allí una orden de Francisco Mello la arroja de aquel asilo hospitalario y la obliga á refugiarse en Colonia. Ved, señor; cómo conspira la reina contra vos, ved cómo ha olvidado á su hijosofofocando la ternura maternal.

Luis XIII escuchaba á Rubens con admiración pintando en su rostro un vivo enternecimiento.

— ¡Mi madre! exclamó al fin, ¡mi pobre madre!...

— Y nunca una queja de vos se mezcla cuando enumera sus desgracias, señor. «Que vuelva á estrechar á mi hijo entre mis brazos, el cielo sabe que no le pido otro bien.» Dignaos, señor, tomar esta carta y leerla.

El rey tomó la carta y la llevó respetuosamente á sus labios con una profunda emoción; empezó á leer, pero las lágrimas le impidieron continuar.

— ¡Madre mia! ¡madre desgraciada!... decía sollozando, enjugaba sus megillas, volvía á leer, y de nuevo volvían á descender de sus ojos abundantes lágrimas... «Señor, decía el papel, ya hace años que lejos de vos os pido me ampareis sin obtener por contestación ni una palabra de consuelo. Dios y la Virgen Santísima son testigos que no me son tan duros ni la pobreza ni la proscripción como el verme separada del ser que he abrigado en mis entrañas cuando se acerca el día de mi muerte. ¿Queréis un tormento mayor para una madre al cerrar los ojos para siempre á la luz que el no oír de su hijo, yo te perdono. ¡Ah señor! no os pido volver á ver la Francia como reina, si vos lo queréis, jamás compareceré en la corte y acabaré mis días en cualquier aldea miserable... pero señor, compadeceos de mí que no arrastre el corto intervalo que me separa del sepulcro la miseria y las desgracias. Que la viuda de Enrique IV y la madre de Luis XIII no carezca de un techado y de un pan para alimentarse, que no llegue la hora de su muerte sin tener á su lado quien diga estos son los restos de María de Médicis... Tened compasión de mí súplica, y cualquiera que sea vuestra determinación, recibid la bendición de vuestra madre.» En la ciudad de Colonia á 9 de junio de MDCLII. — Yo la reina madre. — MARIA.

Apenas pudieron oírse las últimas palabras del rey, tal era su agitación.

— Maese Rubens, es preciso que la reina vuelva á París antes de cuatro días, que yo la estreche entre mis brazos y que la pida perdón, y que nunca nos separemos. Sí, teneis razón, luego estaré tranquilo en el seno de mi familia. ¡Ah! al alejarla de mí solo he escuchado consejos péfidos... Que vuelva y encontraré á su lado la tranquilidad de la conciencia y la salud. Creedme, solo en pensarlo parece que me siento mejor.

— Su Eminencia el cardenal Richelieu, anunció en alta voz uno de los pages desde la antecámara.

En seguida entró el ministro y al momento fijó una mirada rápida en Luis XIII, en la carta que aun tenía en la mano, y en Rubens. Esto fué lo suficiente para ponerse al corriente de lo que se trataba, y cualquiera que fuese la turbación que este incidente le causara, lo disimuló saludando con desembarazo al rey.

— Señor, le dijo manifestando una conmoción casi igual á la del monarca, acabo de recibir nuevas, por cierto bien fatales, que me apresuro á ponerlas en vuestro conocimiento para que las remedieis. Hablo delante de vos, maese Rubens, porque acabais de llegar de los Países Bajos y podréis confirmar si realmente son ciertas tamañas desgracias. Me escriben que S. M. Cristianísima la reina madre ha llegado de Inglaterra á Colonia, despues de verse precisada á abandonar á Bruselas por orden de don Francisco Mello. Si el hecho es cierto caiga el castigo sobre el culpable que así ha faltado á S. M. Declaradles la guerra, señor.

— ¡Mi bueno, mi digno cardenal! exclamó el rey sorprendido de escuchar á su ministro, un poco repuesto de la agitación que le había causado su llegada en aquel momento. Si la reina madre ha dejado la Inglaterra, es preciso que se le proporcione un lugar mas digno, mas honroso, y que no mendigue la hospitalidad á los flamencos, ni la de los españoles.

— Sí, sí, decís bien.

— Si carece de recursos, que se la rodee de todo el esplendor real, es reina de Francia, lleva el nombre de los Médicis, y es la protectora de las artes. ¿No sois de la misma opinión, maese Rubens?

— S. M. no desea tanto, solo quiere ver á su hijo.

— Pronto se cumplirán sus deseos, os lo juro, este es el objeto constante que ocupa de continuo mi pensamiento. Por desgracia no es cosa fácil, intentarlo imprudentemente traería en mi concepto fatales resultados. Funestas apariencias acusan á la reina, y ningún hecho ha disipado completamente las suposiciones de la gente que no discurre, ninguno está mas convencido de su inocencia que yo: pero qué queréis, el populacho la designa como autora de la muerte de Enrique IV, y aun de

que el veneno del infame Concini no respetará al hijo de la reina, al rey de Francia.

Rubens hizo un gesto de indignación y de cólera al oír las palabras del ministro que continuó:

— Los corazones nobles como el vuestro y el mío no dan acogida á semejantes imposturas; en fin, no creo que se deba siempre transigir con la opinión pública, todo se reduce á que digan viva el rey con mas ó menos frialdad. Pero los grandes, estos ya son mas difíciles de acallar, muchos de ellos se han declarado contra la reina, y su vuelta los llenaría de terror y de desconfianza, porque saben que la reina ha jurado vengarse, y que S. M. nunca falta á su palabra. Otros, por el contrario, verían llegado el momento de lanzarse en la rebelión; la mano de un rey que los contiene les sería entonces pesada, y sin poderlo remediar sería la enseña bajo cuyo nombre se reproducirán las culpables tentativas que no ha mucho llenaron de luto y consternación á la Francia; además, monseñor Gaston, hermano del rey, me acaba de confiar una carta que ha recibido de S. M. esta misma mañana, en la que le revela el objeto de la llegada de maese Rubens á París. Oid lo que dice entre otras cosas:

(Se continuará.)

## Los fusilamientos de la plaza Vendome

EL 23 DE MARZO DE 1871.

El martes 21 de marzo hubo en París una manifestación de los amantes del orden, que no produjo efecto alguno; pero esta demostración puso alerta al comité central que tomó sus disposiciones.

Situaron dos cañones de á doce en la calle Castiglione y otros dos en la calle de la Paix, y mandaron replegar los puestos avanzados.

La manifestación del 23 de marzo se formó en las cercanías de la Opera, y se componía de dos grupos que tomaron sucesivamente la dirección de la plaza Vendome.

El primero, que era el mas numeroso, había llegado ya hasta las líneas de la guardia nacional, cuando entraba el segundo en la calle de la Paix. Con este último grupo marchaba el almirante Saisset y delante iba M. Reinhardt con una bandera tricolor en la que se leía: ¡Viva el orden!

Estaba á punto el almirante de tomar la palabra para anunciar su nombramiento de general, cuando una primera descarga vino á sembrar el espanto en las primeras filas de la manifestación.

Inmediatamente se produjo un tumulto en el movimiento de retirada.

El almirante continuaba firme á la cabeza de su grupo.

— Nada temais, general, exclamaba M. Reinhardt levantando su bandera. Las balas no llegarán á vuestra persona sino atravesando mi cuerpo.

Pero las detonaciones se suceden.

Todas las tiendas se cierran, todo el mundo huye.

Subimos con la corriente y presenciamos un triste espectáculo.

Frente á la casa número 44 de la calle de la Paix vemos un anciano, condecorado con la Legión de Honor, tendido en un charco de sangre.

Los papeles que le encontraron no han podido servir para hacer constar su identidad.

Cincuenta pasos mas lejos en la misma acera, otro cadáver. En un espacio de veinte y cinco metros, toda la calle está sembrada de kapis, sombreros y gorras. Los sombreros de copa alta son los mas numerosos.

En la calle Nueva de Petits-Champs otros dos cadáveres. Todos esos cuerpos tienen sangre en su derredor, lo que prueba que muchos de esos individuos debieron sufrir una muerte instantánea.

En la ambulancia de la plaza había diez heridos.

Salvo una ó dos excepciones, muertos y heridos pertenecen á la clase de paisanos.

El *Journal Officiel* de París del 24 da sobre este deplorable acontecimiento las siguientes explicaciones:

1º Que la manifestación, compuesta de grupos exaltados y conducidos por los señores de Heckeren, de Coellogon y H. de Pene, rodeó, desarmó y maltrató á dos guardias nacionales destacados en exploradores.

2º Que los manifestantes injuriaron á los guardias nacionales llamándoles cobardes, bandidos y asesinos.

3º Que tiraron un pistoletazo contra M. Maljournal, teniente de estado mayor de la plaza, miembro del comité central, que está herido en el muslo.

4º Que se hicieron diez insinuaciones con redoble de tambor antes de apelar á las armas.

5º Que desde los balcones dispararon contra los guardias nacionales matando á dos de ellos, los ciudadanos Wahlin y François, pertenecientes á los 7º y 24º y ocho fueron heridos.

6º Que el general americano Sheridan, testigo de los sucesos desde un balcon de la calle de la Paix, atestigua que los hombres de la manifestación hicieron fuego.

Esto es lo que dice el *Journal Officiel* de París; y si hay rectificaciones no dejaremos de hacernos cargo de ellas.

R. DE M.



Los fusilamientos de la plaza Vendôme. — Aspecto de la calle de la Paix, despues de la dispersion de la manifestación del 23 de marzo

### El general Cremer.

El general Cremer es el mas joven de los oficiales generales que la guerra ha puesto en evidencia. A los treinta y un años, y siendo simple capitán antes de la guerra, ha ascendido al grado que ocupa y ha estado al frente de un cuerpo de ejército. Este oficial ha justificado la confianza que tuvo el gobierno en él, y hasta los alemanes han reconocido el gran mérito de que dió pruebas en la batalla de Nuits, midiéndose contra el general Werder.

Cremer es alumno de Saint-Cyr, de donde salió en 1859 para entrar en la escuela de estado mayor. Dejó la escuela para pasar á Africa, donde sirvió en un regimiento de caballería, despues de lo cual se incorporó al primer regimiento de zuavos, con el que hizo la campaña de Méjico. Mandaba este regimiento el coronel Clinchant, que también ha sido nombrado general durante la guerra.

Cuando se rompieron las hostilidades con la Alemania, Cremer entró á formar parte de la 4ª división del cuerpo de ejército que mandaron sucesivamente el mariscal Bazaine, el general Decaen y el mariscal Leboeuf.

En los últimos tiempos estaba en Metz con Bazaine, y firmada la capitulación, á la cual se opuso, fué internado en Maguncia con Clinchant, que también protestó contra aquel acto.

Así que la señora del general Clinchant supo que su esposo estaba en Maguncia, corrió á reunirse con él, acompañada de su tierno niño. Por una feliz casualidad el niño tiene una nodriza del Luxemburgo que habla alemán, y M. Cremer le habla también, porque es alsaciano. Muy luego proyectaron un plan de evasión que salió perfectamente. El joven capitán volvió á Francia y la delegación de Tours le confió el mando de un cuerpo de ejército.



El general Cremer.

Cremer es un hombre de estatura ordinaria y muy delgado. Su semblante es muy juvenil y con su fino bigote rubio y su esbelto talle apenas representa mas de

A eso de las cinco de la tarde las agudas techumbres de las torres del castillo ardian como antorchas. Afortunadamente el drama tocaba á su fin, pues pocos ins-

veinte y cinco años. Su nombramiento ha dado un argumento mas á la opinion de los que creen que el primer título á todos los ascensos es el mérito. L. C.

### La explosion de Morges.

El castillo de Morges se halla destruido en gran parte. ¡Qué catástrofe! El bonito pueblo de Morges, una perla del canton de Vaud, se ha conmovido hasta en sus cimientos.

El castillo situado, como es sabido, enfrente del lago Lemán, contenia el arsenal y la escuela militar de artillería y habia una dependencia donde se guardaban materias incendiarias.

En la primera semana de marzo se estaba procediendo en los locales situados en el ángulo del parque, á la demolición de las municiones del ejército de Bourbaki, refugiado en Suiza, y ya estaba para concluirse este peligroso trabajo, cuando se produjeron repentinamente dos explosiones, cuya causa se ignora. Relativamente hicieron pocos estragos; pero hubo otra espantosa y de un efecto destructor indescriptible. Los edificios se abrieron y se hundieron, en tanto que volaban en direccion al pueblo los ladrillos, la ferreteria y las vigas, una lluvia de fuego y de proyectiles muy temible.

Los ciudadanos suizos y los internados franceses, desafiando el peligro, se habian arrojado ya á salvar los carros de guerra cargados de municiones que estaban en el patio, y pudieron sacarlos todos antes de que las llamas los alcanzaran.

Sin embargo, el incendio seguia progresando.



La catástrofe de Morges (Suiza). — Explosion de un depósito de cartuchos perteneciente á las tropas francesas.

tantes despues se conseguia dominar el terrible incendio.

Las víctimas son numerosas. Se cuentan mas de treinta entre los internados franceses, y además pereció tambien M. Thury, el capitán de los bomberos.

C. P. D.

### Revista de Paris.

Triste y dolorosa cual nunca es la tarea que tenemos que cumplir esta semana. La guerra civil con todos sus horrores está á nuestras puertas, guerra implacable, terrible, que ha hecho ya muchos miles de víctimas y cuyo término, desgraciadamente, no se acierta á ver en el momento que escribimos. Nuestra última revista hacia presentir esta calamidad aborrecida; al punto á que habian llegado las cosas parecia imposible evitar la efusion de sangre. Ya toda reflexion está de sobra; el estrépito del cañon nos corta la palabra y vamos á limitarnos á referir los sucesos que siembran la consternacion en esta ciudad, sometida á tantas y tan terribles pruebas desde que principió el asedio prusiano.

Cuatro dias de combates incesantes llevamos ya, y si hoy que es el quinto de la lucha fratricida, parece de descanso, es porque las pérdidas sufridas por la guardia nacional han obligado á sus jefes á hacer entrar en Paris sus diezmos batallones, para reorganizarlos en compañías de guerra con otra oficialidad, é incluyendo en ellos gente nueva, con cuyo fin se obliga á tomar servicio á todos los ciudadanos de diez y siete á cuarenta años, casados ó solteros, á los guardias móviles licenciados y á los voluntarios del ejército ó civiles. Es decir, que la interrupcion será corta, pues se emplea eficazmente el tiempo en aprestar fuerzas y recursos para continuar las hostilidades.

En la tarde del domingo se supo en Paris que las tropas de la Commune combatian contra las tropas de Versalles. Era en los pueblos inmediatos de Courbevoie, Puteaux y el puente de Neuilly, ocupados por algunos miles de guardias nacionales fortificados con artillería en las barricadas.

Pero esta accion del domingo no fué mas que una escaramuza ejecutada por las avanzadas de las tropas de Versalles, para desembarazar los aproches del monte Valeriano.

Mucho se ha discutido en Paris la cuestion de saber de dónde habian salido los primeros tiros.

La proclama de la Commune fechada el 2 de abril, dice que « los conspiradores realistas » fueron los que atacaron, y que no pudiendo contar ya con el ejército francés, emprendieron la lucha con la policia imperial y los zuavos pontificios; pero á esto se contesta en el campo opuesto que era cosa sabida que la guardia nacional queria marchar sobre Versalles.

Sea como quiera y prescindiendo de esta cuestion que puede llamarse vana, cuando los partidos militantes se hallan frente á frente y cierran los oídos á todo proyecto de avenencia, lo cierto es que la lucha del domingo fué no mas que un preludio de lo que debia tener efecto en los siguientes dias.

No es posible negar que habia un plan de ataque concebido en Paris y puesto en ejecucion con toda la energía de que son capaces las fuerzas ciudadanas, aunque mandadas por jefes inexpertos.

Tratábase de marchar á Versalles, como hemos visto despues hasta en los despachos de los generales improvisados por la Commune, y con este fin se habia dispuesto una salida por tres puntos diferentes.

De aquí resulta que eran necesarios tres ataques simultáneos, uno por el monte Valeriano, otro por Sevres é Issy y otro por Chatillon.

Y así se hizo en efecto, vamos á ver con qué resultado.

El general Bergeret debia dirigir el movimiento por la parte del monte Valeriano, y al amanecer del lunes los batallones de la guardia nacional en número de 30,000 hombres, tomaban el camino de Nanterre.

Era preciso pasar al alcance de los fuegos del monte Valeriano; pero como se habia dicho que el fuerte era neutro, se rompió la marcha y mucha parte de las fuerzas habian atravesado ya el espacio peligroso, cuando los cañones comenzaron las descargas, y una lluvia de proyectiles cubrió á los soldados ciudadanos. El pánico fué general y bastantes las víctimas; sin embargo, la posicion se ocupó por los que resistieron á pié firme, y luego los nacionales fueron rechazados y uno de sus principales jefes quedó en el campo de batalla.

Por el lado del sur se habian dirigido mayores fuerzas, á las órdenes del general Eudes.

Aquí los fuertes estaban en poder de los guardias nacionales federados;

Detrás del de Issy habia diez y ocho batallones que repe-

tidas veces intentaron ganar terreno, siempre sin lograrlo, porque los soldados del gobierno de Versalles se lo impedian desde los bosques.

Sin embargo, á las seis de la mañana llegaron nuevos refuerzos, y los federados entraron en los bosques, donde les recibieron con un nutrido fuego de fusilería y un vivo cañoneo procedente de las baterías del palacio de Meudon, que hizo imposible allí su establecimiento.

No hubo mas remedio que retirarse y se hizo el movimiento sin desórden, hasta llegar al fuerte de Issy donde ya los cañones de Meudon no alcanzaban con sus fuegos.

Lo restante de la jornada fué un combate de artillería de una violencia suma. Concluida la accion hubo allí tambien un gran desórden; la llanura estaba cubierta de fugitivos en direccion á Paris y todos se quejaban de sus jefes. Sin embargo, entre tanto continuaban los preparativos de ataque; llegaban nuevas fuerzas y todo un ejército se escalonaba en el camino de Sevres.

El tercer ataque, ó sea el de Chatillon, no tuvo mejores resultados para la Commune.

Las tropas de Versalles desalojaron del reducto á la guardia nacional, y preciso fué tambien emprender la retirada que protegieron los cañones del fuerte de Vanves.

En suma, hubo en los tres ataques simultáneos mucho arrojo por unos batallones, en tanto que otros flaquearon, y generalmente la lucha se concluyó con un movimiento en desórden.

Empero, la Commune no se dió por vencida, antes al contrario, anunciaba que las fuerzas comunales habian rechazado al enemigo en toda la línea.

En uno de sus partes decia que los « generales Bergeret y Flourens se habian unido y marchaban á Versalles; » en otro contaba con un triunfo seguro.

Mas en tanto Paris presenciaba el espectáculo mas doloroso.

Durante todo el dia y toda la noche se veian por sus calles guardias nacionales que volvian á su domicilio extenuados, rendidos de cansancio, profundamente desanimados, diciendo que todo se habia hecho mal, que habian faltado la direccion, las municiones, los víveres, y que las pérdidas habian sido grandes.

A pesar de esto, la lucha, como hemos dicho ya, ha continuado, concentrándose en Meudon y en el espacio que protegen los fuertes del Sur.

Las relaciones que se hacen de estas batallas, en las que el cañon ha tomado la parte principal, ofrecen poco interés en los detalles. Por ambas partes es encarnizada la pelea, sucediéndose los triunfos y los descalabros.

La ansiedad en Paris es extraordinaria. Por fin la verdad se abre paso. Los mismos periódicos amigos de la Commune confiesan que los guardias nacionales han sido desalojados de todas ó casi todas sus posiciones, y que todos sus ataques han fracasado. El general Duval y el general Henri han sido hechos prisioneros con una parte de los batallones que mandaban y han muerto fusilados en Versalles. Flourens ha perecido combatiendo. Las pérdidas de la guardia nacional federada ascienden á mas de 7,000 hombres. En resumen, el resultado definitivo es un desastre.

Tal es el lenguaje de los órganos mas autorizados del gobierno del Hotel de Villa, hoy dia 6 de abril; y el diario oficial, si se muestra mas tenaz que nunca para seguir combatiendo, no desmiente ni atenúa siquiera aquellos rumores.

Solo el informe del delegado ó ministro de la Guerra á la comision ejecutiva al exponer el estado de la situacion viene á confesar implícitamente todo lo que dicen aquellos periódicos.

El general Cluseret, que firma este documento, dice que la accion puede resumirse de este modo: « Soldados excelentes, oficialidad mediana, unos muy buenos y otros muy malos. Mucho arrojo y poca firmeza. » Y añade que cuando las nuevas compañías de guerra que se forman se hallen libres del elemento sedentario, se tendrá una tropa escogida, cuyo efectivo pasará de 100,000 hombres.

« Actualmente, dice, las posiciones respectivas de las dos tropas son estas: los prusianos de Versalles ocupan las posiciones de sus amigos de ultra-Rhin, en tanto que nosotros ocupamos las trincheras, los Moulineaux y la estacion de Clamart. En suma, nuestra posicion es la de hombres que fortalecidos con sus derechos, esperan con paciencia el ataque, limitándose á defenderse. »

Despues habla de los actos de heroismo de los federados, como el del batallon N° 101 que ha tomado una ametralladora á los de Versalles con otras dos piezas de artillería; rinde homenaje á los artilleros por la precision de su tiro, y concluye con la reflexion de que si la guardia nacional conserva su sangre fria y no maldaga sus municiones, el enemigo se cansará antes que la Commune.

Con este informe se da publicidad á una carta del general Bergeret, comandante de la plaza de Paris, en donde se dice que por la parte Oeste de la capital no debe haber temores. « En cuanto á Neuilly, añade la carta, ese objetivo de nuestros adversarios, le he fortificado formidablemente y desafío á todo un ejército á que le asalte. »

Tal es la situacion militar: una suspension de armas que, segun los preparativos no es de creer que dure muchas horas, al cabo de tres dias de encarnizados combates, cuya

ventaja ha sido para el gobierno de Versalles, segun resulta de la confesion de los mismos diarios que defienden á la Commune.

Y á todo esto, en Paris se toman medidas que hacen cada vez mas profundo el abismo que separa ya del gobierno de la nacion á los hombres del 18 de marzo.

En primer lugar se decreta la acusacion del jefe del poder ejecutivo, M. Thiers, y la de los ministros Favre, Picard, Dufaure, Simon y Pothuau como culpables de haber ordenado y empezado la guerra civil, y se declaran confiscados sus bienes; se confiscan igualmente todos los bienes llamados de manos muertas, pertenecientes á las congregaciones religiosas, en razon á que « el clero ha sido cómplice de los crímenes de la monarquía contra la libertad » y se suprime el presupuesto de cultos, porque se separa la Iglesia del Estado.

Por último, la Commune ha dado un decreto poniendo en vigor la ley de los rehenes, cuyas principales disposiciones son las siguientes;

« Toda persona acusada de complicidad con el gobierno de Versalles será inmediatamente encarcelada y se la formará causa. Se nombrará un jurado de acusacion que entienda en estos crímenes. Todos los acusados detenidos por el veredicto de acusacion serán rehenes del pueblo de Paris. Toda ejecucion de un prisionero de guerra ó de un partidario de la Commune de Paris, será seguida inmediatamente de un número triple de rehenes. »

Los periódicos de oposicion han sido suprimidos en su mayor parte. Los del gobierno del Hotel de Villa aprueban la medida; porque no se debe permitir á los malos ciudadanos que hagan uso de su talento para preparar la ruina de la Commune sirviendo á sus enemigos de Versalles.

Los que esparcen rumores odiosos sobre el gobierno, los que propagan noticias alarmantes para contrariar las operaciones militares, no pueden ser tolerados, sino que deben considerarse como si fuesen espías militares sorprendidos en flagrante delito de inteligencia con el enemigo. Y por lo tanto incurren en todo el rigor de las leyes de la guerra. Es un acto de traicion, igual al que habria podido cometer durante el sitio un periódico cualquiera que hubiese tomado partido por los alemanes.

Se habla de distintas prisiones y de visitas domiciliarias en ciertos establecimientos religiosos, principalmente en los jesuitas.

El señor arzobispo de Paris, monseñor Darboy, está en la cárcel, así como M. Deguerry, cura párroco de la Magdalena, el general de los jesuitas, el cura párroco de la iglesia de Saint-Severin y otros sacerdotes. Estas prisiones se atribuyen á tentativas de ocultacion de los bienes del clero declarados, como antes hemos dicho, bienes nacionales.

A todo esto la Commune prodiga sus explicaciones en repetidas proclamas

La que ha dirigido el dia 5 á los departamentos es una contestacion á las « mentiras y calumnias » de Versalles. En ella se repite que el gobierno de M. Thiers es el que ha comenzado la guerra civil asesinando á las avanzadas, engañadas por la apariencia pacífica de sus sicarios; así como asesina tambien á los prisioneros y amenaza á Paris con los horrores del hambre y de un sitio.

La Commune dice que todas las noticias que se propalan en los departamentos son falsas; que no es verdad que Paris intenta gobernar á la Francia y ejercer una dictadura que seria la negacion de la soberanía nacional; que en Paris no hay robos ni asesinatos, que jamás las calles de la capital han estado mas tranquilas, y que desde hace tres semanas no se ha cometido un robo ni se ha perpetrado ningun asesinato.

Paris no aspira mas que á fundar la República y á conquistar sus franquicias comunales, para ejemplo de los demás pueblos de la Francia, y si ha tenido que salir del círculo de las atribuciones normales, ha sido para responder al estado de guerra provocado por el gobierno de Versalles.

El manifiesto concluye con una excitacion á los franceses de los departamentos, para que secunden á Paris en su lucha contra los realistas.

Hemos acabado el bosquejo de la situacion, segun resulta de los acontecimientos de la semana. ¡Triste cuadro en verdad y hoy por hoy sin otras perspectivas que las de los sangrientos horrores de la fratricida lucha que se prolonga á la vista de los ejércitos prusianos!

MARIANO URRABIETA.

### Poesías.

#### EL RÉPROBO.

Brilla la luna en el sereno cielo  
Tachonado de estrellas refulgentes  
Derramando su plácido consuelo  
En las cansadas frentes.

El mar en calma está : ligero viento  
Las sosegadas olas halagando  
Postra dormido al férvido elemento  
Su furor olvidando.

En una barca entonces se aparece  
El infeliz que el crimen en sí encierra,  
Con solo presentarse, se oscurece  
El cielo, el mar, la tierra.

Ocúltanse la luna y las estrellas  
Sucediendo á su luz la noche oscura,  
Y ensordece el Señor á las querellas  
De tímida amargura.

Los comprimidos vientos deja sueltos  
Y con paso veloz al cielo sube  
La tempestad y el huracan envueltos  
En tenebrosa nube.

Crece la oscuridad : en un momento  
Rásgase el cielo, y lumbre aterradora  
Se enciende, se consume, y con violento  
Resplandor lo colora.

La dulce calma que en la mar reinaba  
Cambia en furor su dueño embravecido  
Oyendo cual su estancia retemblaba  
De truenos al ruido.

Cobra su saña, y rígido conduce  
Los montes que levanta procelosos  
Los agita, los chocha, y los reduce  
A globos espumosos.

Se juntan y confunden entre tanto  
Los fieros elementos encontrados  
Y por dō quier el miedo y el espante  
Abortan irritados.

El hombre que la barca conducia  
Se ve encerrado en medio de este infierno  
Pensando que su rabia desafia  
Las iras del eterno.

Levántase al instante, y vacilando  
Une su voz con la del trueno ¡osado!  
Y entre el rencor y el miedo reluchando  
Dice desesperado :

« ¿Hasta cuándo, Señor de los mortales,  
» Has de afirmar tu diestra vengativa  
» Dejando de tus odios las señales  
» Sobre mi frente altiva ?

» ¿No basta que los hombres, de su seno  
» Me aparten con horror y saña impía  
» Cual si formada con atroz veneno  
» Fuese la sangre mía ?

» ¿ Siempre mi corazon envilecido  
» Ha de ser de las furias el antojo :  
» Y en precursor mi cuerpo convertido  
» Del rayo de tu enojo ?

» Crímenes cometí : crímenes digo  
» Que si eres justo perdonar debieras  
» En vez de horrorizar con tu castigo,  
» A los hombres y fieras.

» No soy tu hijo, no : decir yo puedo  
» Que en mis entrañas Satanás habita,  
» El que me arranca el valor, me infundé el miedo  
» Con su garra maldita.

» Teme, pues, que con vuelo mas que humano  
» Levante contra tí tus enemigos  
» Para quemar el cetro soberano  
» Que dicta los castigos. »

No pudo proseguir. Con rabia fiera  
Salió de su garganta horrendo grito  
Que articulaba por la vez postrera :  
« Para siempre maldito. »

Tal suele retronar en el profundo  
De Satanás el grito repentino,  
Cuando la presa que tenia en el mundo  
Le arranca ángel divino.

Vibra el Señor el rayo fulminante  
Que su hediondo cuerpo pulveriza,  
Y en las duras entrañas del diamante  
Sepulta su ceniza.

¡ Perdon, perdon, Señor ! Toda la gente  
Ya postrada te adora respetuosa,  
Pues temblar hace al rico y al valiente  
Tu mano poderosa.

C. Y. EPHEBUS

FELISA.

¿ No veis á Felisa  
Ceñida de flores  
Mostrar sus primores  
Con aire gentil ?

¿ No veis su megilla  
Risueña y hermosa  
Cual nace la rosa  
Del verde pensil ?

Riendo sus labios,  
Brillando sus ojos,  
Agraviados enojos  
Ocultan su ardor ;

La cercan amores  
Si amores suspira,  
Si alegre respira  
Se aleja el dolor.

Mirad al vislumbre  
El negro cabello  
Que ostenta su cuello  
De blanco marfil :

Mirad su semblante,  
Su leda hermosura,  
Su gala mas pura  
Que el aura de abril.

¿ A quién sus acentos  
No brindan amores ?  
¿ A quién sus colores  
No muestran amor ?

¿ Y quién al mirarla  
Tan pura y tan bella  
No gime por ella,  
No siente el dolor ?

Si brisa inocente  
Con rápidas alas,  
Ondeando sus galas  
Descubre su tez :

Confúndese mística  
La blanca azucena  
Que brilla serena  
Con noble altivez.

Si nítida y bella  
Su frente argentada  
Se anuncia esmaltada  
Por célica flor :

El valle la rinde  
Su fresca verdura,  
El mar su bravura,  
La selva su olor.

¿ Mas no veis la aureola  
Que brilla en su frente ?  
¿ No oís dulcemente  
Un himno de amor ?

¡ Pues él la arrebató  
Al cóncavo cielo,  
Y esparce en el suelo  
Angustia... dolor!...

Desciende Felisa  
Del cielo sereno,  
Respire tú seno  
El néctar de amor :

Los años no opriman  
Tu sien candorosa,  
El alma orgullosa  
Conserve tu ardor.

Desciende á los brazos  
Del tímido esposo,  
Tu aliento amoroso  
Suspire por él,

Que amor en los brazos  
De esposo querido,  
Tejió dulce nido  
De rosa y clavel.

Los cielos os miren  
Amantes unidos,  
Esposos queridos  
Mil años y mil :

Y en vuestro regazo  
El hijo creciendo,  
Os muestre riendo  
Su edad infantil.

B. BASTAN.

### Una expedicion á San Miguel del Fay.

(Continuacion. — Véase el número 950.)

Mientras que hacíamos preguntas á nuestro guia, Lla-  
no el marino consiguió, ayudado de piés y manos, y  
con la tea en la boca, preparar á lo alto de la torre donde  
clavó su antorcha con el mismo orgullo que si, cabal-  
lero de la edad media, hubiera clavado su señorial  
pendon despues de haber tomado el fuerte por asalto.

Su aparicion y la de la antorcha que allí quedó cla-  
vada, fué saludada con un nuevo salvaje concierto de  
bocinas.

Cuando el marino bajó ya estaba el poeta aristocráti-  
co, en desórden los cabellos, iluminados por el fuego  
de la inspiracion los ojos, trémula la mano por la emo-  
cion, recitando una de aquellas sus viriles y caballeres-  
cas baladas.

Siguió el poeta de las damas declamando con su voz  
dulce y su acompasado acento una de sus tiernas y sen-  
cillas doloras, y el fabulista dejó oír á continuacion uno  
de sus mas sentimentales y simpáticos cantos.

Terminado todo, nos sentamos á la redonda sobre  
enmohecidas piedras, fijamos las antorchas en los in-  
termedios de persona á persona, pusimos las botellas  
de Champagne en el centro del círculo, empuñamos  
cada uno nuestra copa y...

Y así empezó el cronista su leyenda.

VII.

LAS LIGAS DE LAS SEIS DONCELLAS.

Era un noble y valiente caballero don Guillen de Za-  
portella (1).

Era tambien de un particular carácter.

Nunca se quitaba la armadura, segun voto que decia  
haber hecho; manejaba con una facilidad extrema un  
hacha de armas que apenas podian levantar dos hom-

(1) Don Cayetano de Villalonga, actual baron de Segur es  
el descendiente en línea recta de los Zaportellas, el herede-  
ro de esa ilustre raza de guerreros que con sus hechos de  
armas han ennoblécido el Principado.

Fisiología del cuerpo de guardia, por Bertall. — De noche.



Los dormilones de las doce á las dos de la madrugada.



Centinela de noche.

La hora de la patrulla

La ronda de noche



Los dormilones de las dos á las cinco de la madrugada



Fisiología del cuerpo de guardia, por Bertall. — De día.



El gastador.



Jefe del cuerpo de guardia.



El tambor.



El cabo.



La vivandera.



El sargento.



Centinela á sus anchas.



Centinela modelo.



Centinela de aspecto pintoresco.





### Las violencias prusianas.

Los prusianos han considerado en todas partes el patriotismo francés como un crimen. Véase la escena que representamos. Los prusianos que acaban de entrar en Ardenay llaman á cierto número de hombres para que los sirvan y naturalmente nadie se mueve.

— ¡Ah! ¿Con que no quieren venir? Pues nos haremos comprender mejor, dicen los soldados de M. de Bismark.

Y prenden á los principales del pueblo y les mandan administrar una paliza por una soldadesca salvaje. La víctima de este suplicio que figura en primer término en nuestro grabado, es el cura de la localidad. Entre el palo de los soldados prusianos y el knut de los cosacos que cae sobre los infelices polacos no hay diferencia alguna.

Los ejemplos abundan. Hé aquí otro crimen.

Un pobre cura de aldea de las cercanías de Reims había consentido, por hacer un favor, en esconder en su presbiterio unas escopetas pertenecientes á sus feligreses que deseaban conservarlas.

A consecuencia de una alerta el pobre cura fué delatado, preso y conducido á Reims, donde le juzgó y condenó á muerte un consejo de guerra; el 12 de febrero á las seis de la mañana le fusilaron implacablemente en una de las puertas de la ciudad. El desdichado sacerdote murió con la mayor resignacion, y se negó á firmar la súplica de indulto, diciendo que no aspiraba mas que á reunirse en un mundo mejor con su padre y su madre que habian perecido en las llamas de una aldea incendiada por el enemigo. La historia juzgará entre los franceses que cumplan con su deber y esos soldados verdugos.

R. DE M.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS

(Continuacion. — Véase el número 950)

Después de haber encendido con sus propias manos los tizones amontonados en la chimenea, el viejo Juan se retiró para celebrar un grave consejo con su cocinera acerca de la comida del forastero, en tanto que este, encontrando poco calor en los tizones que aun no se habian encendido, se asomó á una de las ventanas y se calentó al lánguido resplandor de un frio sol de marzo.



Las violencias prusianas. — Suplicio de un eclesiástico en Ardenay.

Apartándose de vez en cuando de la ventana para arreglar la leña que chisporroteaba, ó para pasearse de un extremo á otro de aquel salon sonoro, la cerró cuando todos los tizones estuvieron bien encendidos, y habiendo arastrado hasta la chimenea el mejor sillón, llamó á Juan Willet.

— ¿Qué mandais, señor? dijo Juan.

— Deseo una pluma, tinta y papel.

Habia sobre el alto borde de la chimenea un viejo escritorio que contenia entre el polvo alguna cosa que podia en rigor representar estos tres artículos, y habiéndolos colocado sobre una mesa, el posadero se retiraba cuando el caballero le hizo un ademan para que se quedase.

— ¿Hay cerca de aquí, le preguntó despues de haber escrito algunas líneas, una casa que, segun creo, llamas la Garenne?

Como la pregunta tenia un tono afirmativo, Juan se contentó con responder inclinando la cabeza.

— Quisiera que llevaran á esa casa al momento este billete, dijo el caballero dirigiendo una mirada hácia el papel, y que me trajesen la respuesta. ¿Teneis un mozo dispuesto para llevarlo?

Juan permaneció cerca de un minuto pensativo, y despues contestó afirmativamente.

— Mandadle que suba.

El posadero se vió entonces en el mayor apuro, porque José se hallaba fuera de casa y Hugo estaba cuidando el caballo del huésped, pero reflexionó que podia encargar el recado á Bernabé, que precisamente acababa de llegar al Maypole en una de sus excursiones, y que iria adonde le mandasen.

— El caso es, dijo Juan tras una larga pausa, que la persona que cumpliria mas pronto el encargo es una especie de idiota, y aunque tiene los piés ligeros y se puede fiar en él lo mismo que en el correo, porque no es hablador, no sé si será de vuestro gusto.

— ¿Quereis hablarme, dijo el caballero mirando á Juan, quereis hablarme de...? ¿Cómo se llama este muchacho? ¿Quereis hablarme de Bernabé?

— Sí, señor, respondió el posadero, cuya sorpresa dió una singular expresion á sus facciones.

— ¿Cómo es que se encuentra aquí? preguntó el caballero reclinándose en el sillón, hablando con el tono agradable y fino que habia sostenido siempre y conservando en su rostro la misma sonrisa invariablemente

dulce y cortés. Le he visto en Lóndres ayer noche.

— Tan pronto está aquí como allá, respondió Juan despues de su pausa ordinaria, para que la pregunta tuviera tiempo de penetrar en su cerebro. Unas veces anda, otras corre; todo el mundo le ve en la carretera; ya va en carro, ya en coche; va y viene al través del viento, de la lluvia, de la nieve, del granizo, de día y de noche. Es un muchacho de hierro; nada le hace mal, nada le asusta ni le detiene en su camino.

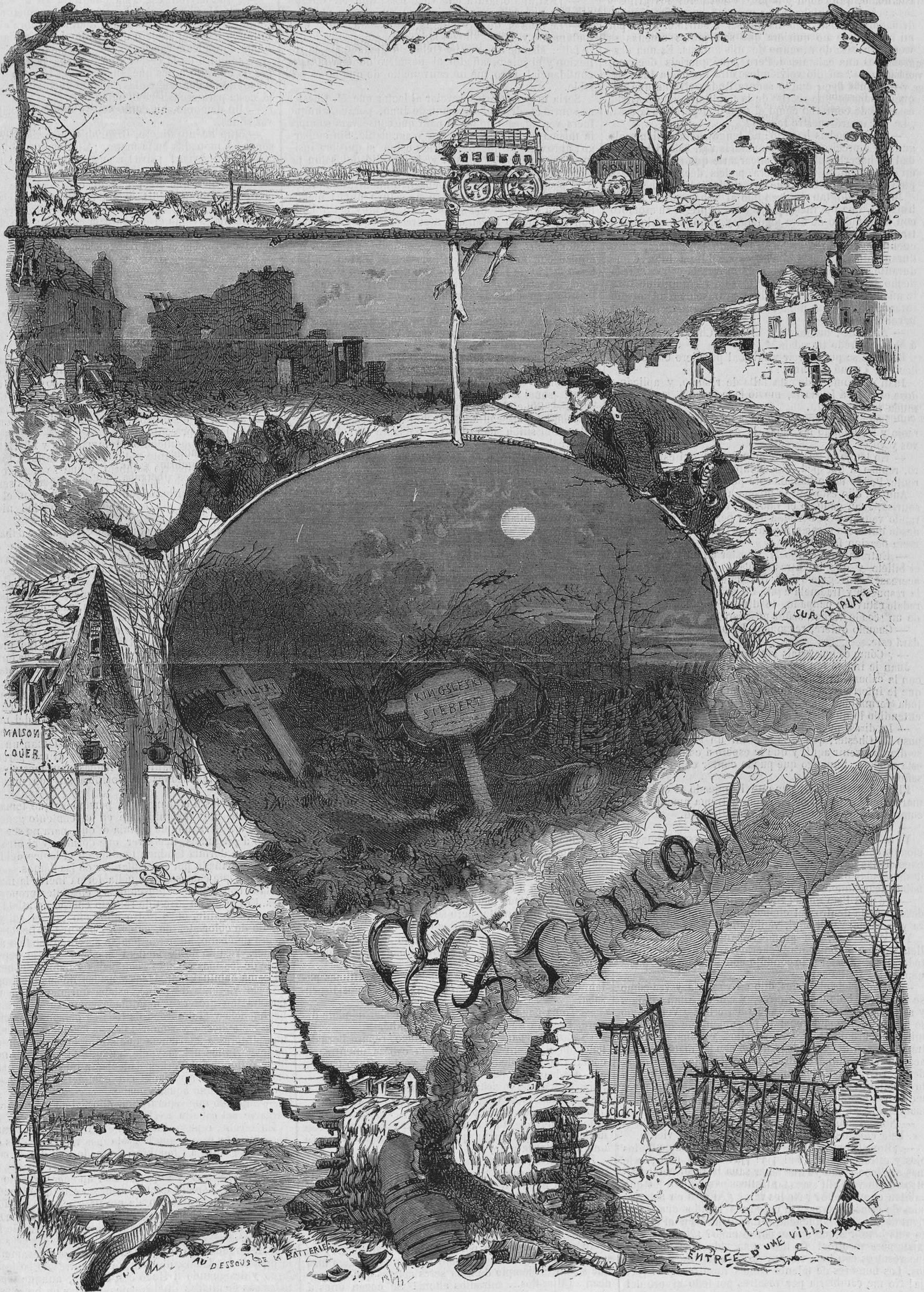
— ¿Va con frecuencia á la Garenne? dijo el caballero con indiferencia. Me parece haber oido contar á su madre que esa casa es objeto de sus excursiones; pero he hecho poco caso de lo que me decia esa pobre mujer.

— No os equivocais, señor, respondió Juan va con frecuencia á esa casa. Su padre fué asesinado allí.

— He oido hablar de eso, repuso el caballero sacando del bolsillo con la misma sonrisa un limpiadientes de oro. Es una desgracia para la familia.

— Una gran desgracia, dijo Juan con indecision como si adivinase que un asunto tan grave deberia tratarse con menos ligereza.

— Todas las circunstancias que siguen á un asesinato, continuó el caballero en una especie de solilo-





— ¡Muy bien! dijo Parkes inclinando la cabeza. ¡Excelentes expresiones! Juan, veo que estais esta noche inspirado, y pobre del que se atreva á hacerlos la oposicion, porque le estrangulareis á fuerza de argumentos.

— Poned tiento en vuestras palabras, dijo Willet sin agradecer el cumplido, y cuidad de que no seais vos el primero que estrangule; pues tened entendido que lo haré si me interrumpis cuando hablo. Ese muchacho, decia, aunque tiene todas sus facultades intelectuales dentro de su cabeza puestas en botellas bien tapadas, es tan idiota como Bernabé. ¿Y por qué es un idiota?

Los tres amigos inclinaron mutuamente sus cabezas y se miraron como para decir sin tomarse el trabajo de desplegar los labios: «¿No advertis qué filósofo es nuestro amigo?»

— ¿Por qué es un idiota? repuso Juan dando un golpe en la mesa con la palma de la mano. Porque no le destaparon las facultades intelectuales cuando era niño. ¿Qué hubiera sido de todos nosotros si nuestros padres no nos hubieran destapado las facultades? ¿Qué hubiera sido de mi Pepito si yo no se las hubiese destapado? ¿Me comprendeis, señores?

— Perfectamente, respondió Parques. Proseguid, Juan.

— Por consiguiente, continuó el posadero, ese muchacho, cuya madre, cuando él era muy niño, fué ahorcada con otros seis de su ralea por haber cambiado billetes de banco falsos, y es un consuelo el pensar cuantas personas son ahorcadas cada semana por un motivo ú otro, porque esto prueba la vigilancia paternal de nuestro gobierno; ese muchacho, que quedó desde entonces abandonado á sí propio, que tuvo que guardar vacas, servir de espantajo á los pájaros, ó hacer no sé qué para ganarse el sustento, que llegó por grados á cuidar los caballos, y con el tiempo á dormir en los pajares en vez de acostarse al raso y en las márgenes de los caminos, hasta que por último entró de mozo en el Maypole por la comida, casa y una módica suma anual; ese muchacho que no sabe leer ni escribir, que nunca ha tratado mas que con animales y que ha vivido siempre del mismo modo que viven los animales, es por lo tanto un animal, y, añadió Juan Willet deduciendo de sus premisas la conclusion lógica, debe ser tratado como tal.

Willet, dijo Salomon Daisy que habia manifestado alguna impaciencia al ver que se mezclaba un asunto tan indigno en el interesante tema de su conversacion; cuando ha llegado M. Chester esta mañana, ¿ha pedido la sala principal?

— Sí, ha declarado que queria un aposento espacioso.

— ¿Queréis que os diga la verdad? añadió Salomon hablando en voz baja y con aspecto muy grave. Van á batirse en desafio él y M. Haredale.

Cada cual miró á Willet despues de esta insinuacion alarmante.

Juan Willet miró el fuego pesando en su propia mente los resultados que semejante encuentro tendria segun todas las apariencias para el establecimiento.

— Será posible, dijo, y casi estoy seguro. Me acuerdo de que la última vez que he subido al salon estaban los candeleros sobre la chimenea.

— Pues en tal caso es tan evidente, repuso Salomon, como que Parkes tiene su nariz en la cara.

Parkes, cuya nariz era muy abultada, se la frotó y estuvo tentado á ver en esta comparacion una alusion personal.

— No lo dudeis, dijo Salomon, se batirán en esa sala. Como habreis leído en los periódicos, son muy comunes los desafios de los caballeros en los cafés, sin testigos. Uno de ellos quedará herido ó tal vez muerto en esta posada.

— ¿Es decir que la carta que llevó Bernabé era un cartel de desafio? preguntó Juan.

— Que contenia una tira de papel con la medida de su espada. Apostaria una guinea á que le ha enviado esa tira de papel. Por otra parte, ya conocemos el genio de M. Haredale, y nos habeis contado lo que ha dicho Bernabé de sus miradas cuando ha traído la respuesta. Creedme, vamos á presenciar un desafio.

El ponche no habia tenido aun sabor, ni el tabaco no habia sido mas que un vil producto del suelo inglés comparado con el perfume que le daba esta conversacion. ¡Un desafio en el salon del primer piso! ¡La mejor cama de la posada pedida de antemano para el herido!

— Pero ¿será con espada ó con pistola? dijo Juan.

— ¿Quién lo sabe? Dios tan solo. Tal vez será con espada y con pistola, repuso Salomon. Esos caballeros cñen espada y pueden llevar fácilmente un par de pistolas en los bolsillos; sí, es probable que las lleven. Así pues, si disparan sin herirse, entonces desenvainarán y se batirán en regla.

Una nube pasó sobre el rostro de Juan Willet cuando reflexionó en los cristales rotos y en las cortinas desgarradas, pero explicándose á sí propio que uno de los adversarios sobreviviria probablemente y pagaria los daños, su fisonomía recobró la serenidad.

— Y además, dijo Salomon mirando uno tras otro á sus amigos, tendremos entonces en el piso del salon una de esas manchas que no se borran nunca. Si M. Haredale triunfa, creed que será una mancha profunda, y si pierde, será mas profunda aun, porque no cederá hasta que se hayan agotado sus fuerzas. Lo sabemos muy bien, ¿no es cierto?

— ¡Oh! sí, lo sabemos, repitieron todos á coro y en voz baja.

— En cuanto á que la mancha de sangre desaparezca, continuó Salomon, os aseguro que es imposible. ¿No sabeis los esfuerzos que se han hecho en cierta casa que todos conocemos?

— ¡En la Garenne! exclamó Juan. Es verdad.

Sí, es verdad, es verdad. Y eso que lo saben muy pocas personas, pero á pesar del sigilo que se ha guardado, ha dado mucho que hablar eso. Un carpintero cepilló el pavimento para sacarla, pero en vano, el cepillo profundizó sin que se borrara la mancha. Entonces se pusieron tablas nuevas, y sin embargo la sangre penetró la madera y apareció en el mismo sitio. ¡Oid... acercaos! Habeis de saber que M. Haredale convirtió ese aposento en gabinete de estudio, y se sienta allí teniendo siempre, segun he oido contar, el pié sobre la mancha, porque está convencido, despues de haberlo reflexionado durante mucho tiempo, de que no se borrarán hasta que haya descubierto al que cometió el crimen.

Terminaba este relato y se acercaban todos al fuego en círculo, cuando se oyó á lo lejos el trote de un caballo.

— ¡Ya ha llegado! exclamó Juan levantándose con precipitacion. ¡Hugo! ¡Hugo!

Hugo se puso en pié de un salto y siguió bamboleándose al posadero.

Juan volvió pocos momentos despues introduciendo con demostraciones de extrema conferencia (porque M. Haredale era el propietario de la posada) al huésped con tanta ansiedad esperado. Este entró á grandes pasos en la cocina haciendo resonar sus enormes botas en las losas, recorrió con la mirada el grupo que le saludaba y se levantó el sombrero para corresponder á su homenaje de profundo respeto.

Teneis aquí, Willet, un caballero que me ha enviado una carta, dijo con una voz cuyo timbre era naturalmente grave y severo. ¿En dónde está?

— En la sala de arriba, señor, respondió Juan.

— Alumbreadme pues, porque creo que la escalera es sombría. ¡Buenas noches, señores!

Hizo entonces un ademan con la mano al posadero para que le precediese, y cuando salió de la cocina se oyeron resonar sus botas en la escalera.

Juan estaba tan agitado, que todo lo alumbraba menos el camino, y tropezaba á cada paso.

— ¡Deteneos! le dijo Haredale cuando llegaron á la puerta de la sala. Puedo anunciarme yo mismo; ya no os necesito.

Y abriendo la puerta, entró y volvió á cerrar con estrépito.

Juan Willet hubiese intentado tal vez quedarse allí para escuchar, pero como no las tenia todas consigo, y por otra parte eran muy recias las paredes, bajó mas

aprisa de lo que habia subido para reunirse en la cocina con sus amigos.

XII.

Reinó una breve pausa en el salon principal del Maypole mientras M. Haredale se aseguraba de que estaba bien cerrada la puerta, y atravesando el espacioso aposento á grandes pasos hasta el sitio donde el biombo rodeaba un espacio lleno de luz y de calor, se presentó bruscamente y en silencio delante del huésped que se sonreia.

Si estos dos hombres no tenian mas simpatía en sus pensamientos íntimos que en su exterior, su entrevista no prometia ser muy tranquila ni muy agradable. Sin que mediara entre ellos una marcada diferencia de edad, eran bajo todos los demás conceptos tan distintos y opuestos como pueden serlo dos hombres. El primero tenia un hablar dulce, una forma delicada y una correcta elegancia, y el segundo, corpulento, cuadrado por su base, vestido con descuido, rudo y brusco en sus maneras y de un aspecto severo, tenía en aquella ocasion una mirada tan áspera como su lenguaje. El uno conservaba una apacible sonrisa y el otro un fruncimiento de cejas lleno de desconfianza. El recién venido parecia en verdad que trataba de manifestar con cada uno de sus acentos y ademanes su antipatía decidida y su hostilidad sistemática contra el hombre á quien iba á visitar, y este parecia conocer que el contraste le era favorable y que esta ventaja le causaba un placer pacífico con el cual se recreaba.

— Haredale, dijo este caballero sin la menor apariencia de embarazo ó de reserva, tengo un placer en veros.

— Dejemos á un lado los cumplidos, que son inútiles entre nosotros, respondió Haredale levantando la mano. Decidme únicamente lo que teneis que decirme. Me habeis pedido una entrevista, y he venido. ¿Para qué nos encontramos cara á cara?

— Por lo que veo, conservais siempre el mismo carácter franco é impetuoso.

— Bueno ó malo, siempre he sido el mismo, respondió Haredale apoyando el brazo en el borde de la chimenea y lanzando una mirada altanera al que estaba sentado en el sillón. No he perdido mis antiguas simpatías y antipatías, y mi memoria lo recuerda todo sin perder un ápice. Me habeis pedido una entrevista, y repito que aquí me teneis.

— Nuestra entrevista, Haredale, dijo M. Chester dando un golpecito sobre su caja de rapé y acompañando con una sonrisa el ademan de impaciencia que habia hecho Haredale llevando instintivamente la mano al puño de su espada, nuestra entrevista será pacífica.

— He venido aquí, repuso Haredale, segun vuestro deseo, y no he venido para perder el tiempo en cumplidos ociosos ni en vanas protestas. Sois un hombre del gran mundo de lengua dorada, y confieso que en el terreno de las palabras no puedo batirme con vos. Os aseguro que el último hombre con quien trabaria un combate de dulces cumplidos y de falsas sonrisas es M. Chester; no me es posible defenderme con tales armas, y tengo motivos para creer que pocos hombres os ganarian en una lucha de elocuencia.

— Me haceis mucho honor, Haredale, repuso M. Chester con la mayor calma, y os doy las gracias. Seré franco con vos.

— ¿Qué habeis dicho?

— Que seré franco, completamente cándido.

— ¡Ah! exclamó M. Haredale respirando con una sonrisa sarcástica; pero no quiero interrumpiros.

— Estoy resuelto, añadió M. Chester despues de beber un poco de vino con aire circunspecto, á no armar contienda con vos y á no dejarme arrastrar á alguna expresion violenta ó á alguna palabra aventurada.

— En lo cual tendré tambien una grande inferioridad, dijo M. Haredale. Vuestro imperio sobre vos mismo...

— No puede alterarse cuando sirve para mis designios, querreis decir, repuso M. Chester interrumpiéndole con amabilidad. No lo niego; tengo actualmente un designio, y vos teneis otro. Estoy seguro de que nuestro objeto es el mismo. Permitted, pues, que lo consigamos como hombres razonables que han dejado de ser niños hace mucho tiempo. ¿Queréis beber?

— Yo no bebo mas que con mis amigos, respondió Haredale.

— Al menos os dignareis tomar asiento, dijo M. Chester.

— Estoy bien en pié, repuso con impaciencia Haredale, y aunque este aposento está desmantelado y miserable, no mancharé su decadencia con la hipocresía. Continúad.

— Os equivocais. Haredale, dijo M. Chester cruzando las piernas y sonriendo mientras tenia el vaso levantado ante la brillante llama de la chimenea. Estais en un error; el mundo es un teatro movible donde debemos colocarnos segun las circunstancias, navegar con la corriente con tanta comodidad como sea posible y contentarnos con tomar la espuma por la sustancia, la superficie por el fondo y la moneda falsa por la buena. Me asombra que ningun filósofo haya probado nunca que nuestro globo es hueco como todo lo demás, pues presumo que ha de serlo si la naturaleza es consecuente en sus obras.

— ¿Creeis que lo es?

— Lo afirmaria, repuso bebiendo el vino á pequeños

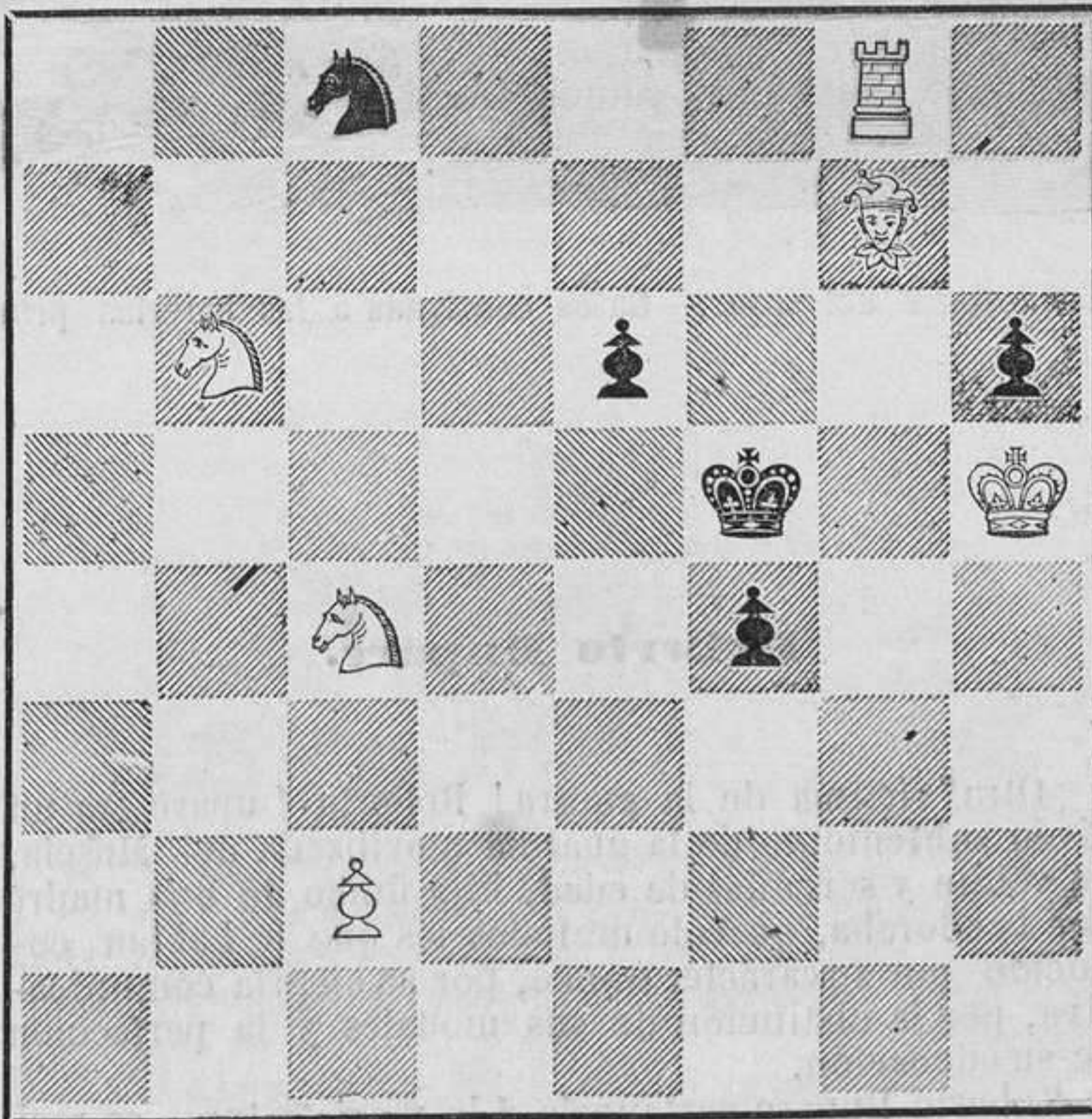
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 333

- 1 C 4ª Ra P 4ª Ra
- 2 Ra 7ª TRª R toma C
- 3 A toma T jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 334, POR M. GODECK.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

sorbo, y hasta diria que no cabe la menor duda. En cuanto á nosotros, al jugar con este cascabel, hemos cometido la torpeza de tropezar y de enemistarnos. No somos lo que en el mundo se llama dos amigos, pero no por eso dejamos de ser amigos tan buenos, tan verdaderos y tan afectuosos como las nueve décimas partes de los que llevaron este título. Teneis una sobrina, y yo tengo un hijo, un buen muchacho, Haredale, pero algo loco. Han dado en la mania de amarse, y forman lo que este mismo mundo llama una pareja amorosa, queriendo decir cierta cosa caprichosa y falsa, como todo lo demás, y que bastaria tan solo abandonarla libremente á su destino para que reventase muy pronto como cualquiera otra burbuja. Pero si les dejamos seguir su capricho, punto en boca y buenas noches. Hé aquí, pues, cuál es la cuestion. ¿Permaneceremos uno lejos de otro porque la sociedad nos llama enemigos, y toleraremos que se arrojen ellos mutuamente en sus brazos, siendo así que, acercándonos razonablemente como ahora lo hacemos, podemos impedirlo y separarlos?

— Amo á mi sobrina, dijo M. Haredale tras un breve silencio. Es una palabra que tal vez disuene en vuestros oídos, pero os repito que la amo.

— ¿Y por qué ha de disonarme? Nada de eso, dijo M. Chester llenando el vaso con indolen-



Roberto Duparc, muerto en Metz.

cia y quitándose de la boca el limpiadientes. Tambien yo tengo aficion á Eduardo, ó como vos decís, le amo; es la palabra que se usa entre parientes próximos. Amo á Eduardo con pasion; es un buen mozo, amable, nada tonto, si bien un poco débil y exaltado; pero lo cierto es, Haredale, porque os seré franco como os lo he prometido, que dejando á un lado cierta repugnancia que podríamos tener vos y yo en emparentar, y aparte de la diferencia de religion que existe entre nosotros, lo cual es muy importante, no puedo consentir en semejante enlace; enlace imposible y en el cual tampoco vos podeis consentir.

— Refrenad la lengua en nombre del cielo si esta conversacion ha de durar, dijo Haredale con tono de reto. Os he dicho que amo á mi sobrina. ¿Creeis por lo tanto que podria dar su corazon mirando á un hombre por cuyas venas circulara sangre vuestra?

— Ya veis, repuso M. Chester, la ventaja que hay en ser franco y sincero. Eso es precisamente lo que iba á añadir; os lo juro por mi honor. Amo en extremo á Eduardo, pero aunque en este negocio perdiéramos ambos la vida, siempre quedaria en pié esta objecion que considero como insuperable.

— Escuchadme con atencion, dijo M. Haredale acercándose á la mesa y apoyando sobre ella con fuerza la mano; si algun



Las cercanias de Paris despues del sitio. — Casas contiguas á las baterias prusianas de Chatillon.

hombre cree ó se atreve á creer que yo en mis palabras, en mis acciones ó en mis ilusiones mas extravagantes he abrigado jamás la idea de favorecer el amor de Emma á Haredale por alguno tan próximo á vos, le digo en voz alta que miente, que, miente; lo oís? y que me hace una gran injuria tan solo en creerlo.

— Haredale, repuso M. Chester con acento convencido y confirmándolo con ademanes de cabeza dirigidos hácia la chimenea, es en extremo noble y varonil, es realmente muy generoso el que me habléis como lo haceis con franqueza y con el corazon en la mano. Os juro que esos mismos pensamientos son los míos, pero los expresais con mas energia de lo que seria yo capaz. Ya conoceis mi carácter indolente, y confio en que me lo perdo nareis. (Se continuará.)

### Roberto Duparc.

¡Otra víctima de la guerra! Roberto Duparc era un joven subteniente de la guardia movilizada del Mosela, de veinte y seis años de edad, hijo único de una madre que le adoraba, querido de todos los que le habian conocido por su carácter franco, por su alegría comunicativa, por la distincion de sus modales y la perfeccion de su educacion.

Roberto Duparc pertenecia á la magistratura; se recibió de abogado á veinte años: sustituto en Setif, tres años despues y luego en Mostaganem, se hallaba en la Martinica bajo el mismo concepto cuando estalló la

guerra, pero inmediatamente volvió á Francia, entró al servicio de su pais y salió para Metz, donde recibió el 15 de octubre un balazo en el bajo vientre, cuya gravedad no comprendió en un principio. Como no tenia conciencia de su posicion, se reia y bromeaba diciendo:

— Me alegro de haber salido herido; casi me avergonzaba de estar ileso.

Pero pronto empeoró el mal; y el desdichado joven falleció el 21 del mismo mes, lejos de su madre y despues de haber sufrido los padecimientos mas crueles. ¡Lejos de su madre! Este fué su dolor mas horrible.

C. P. D.